

La reflexión sobre el hombre es tarea permanente del saber, y especialmente de los saberes que lo consideran de manera englobante, no en parte o bajo aspectos determinados. Aplicados al hombre siguen siendo oportunos —y lo serán siempre— términos como enigma, misterio, sentido, verdad, problema: «el problema del hombre», «el misterio del hombre», «el enigma del hombre», «la verdad del hombre», «el sentido del hombre», etc., aunque no todos designan exactamente lo mismo.

Para la teología, el misterio del hombre se enmarca y queda iluminado en el misterio del designio de Dios, y más concretamente en el misterio, y a la luz del misterio, de Cristo. «En verdad, el misterio del hombre sólo se ilumina a la luz del misterio del Verbo encarnado» afirma el conocido texto de *Gaudium et Spes* 22. Es en Cristo donde el hombre se encuentra con el Dios Trino, y es a través de Cristo como, al ser introducido en la intimidad de Dios, queda iluminada su naturaleza de hombre. En esta dirección se ha desarrollado la antropología teológica de los últimos decenios.

En el presente cuaderno hemos querido ocuparnos del hombre, sin embargo, bajo un aspecto diferente. Si bien es verdad que se puede hablar del enigma o del misterio del hombre, apuntando de ese modo a la extraordinaria profundidad, hecha de racionalidad y libertad encarnadas, que reviste el ser hombre, no se debe olvidar el planteamiento moderno de la antropología, que es esencialmente problemático. Junto al misterio del hombre considerado con una indudable admiración por sus potencialidades, realidades y deseos, ha habido desde Kant una forma distinta de tomarlo en cuenta. A partir de este autor ya no hay la seguridad anterior sobre la extraordinaria capacidad del hombre de alcanzar de verdad un largo trecho de realidad fuera de sí mismo, sino más bien la sospecha de que al pensamiento clásico sobre el hombre no le

era ajena una buena dosis de ingenuidad. Ello queda expresado en la forma de preguntas que el mismo Kant se hace en la *Crítica de la Razón Pura*: «¿Qué puedo saber? ¿Qué debo hacer? ¿Qué me es posible esperar?». A ellas, el mismo Kant añadió en la *Lógica* la pregunta que sintetiza las anteriores: «¿Qué es el hombre?».

Una versión popular de las dudas kantianas ha llegado a la cultura socialmente difundida, en la que parece no haber seguridad excesiva sobre si el hombre puede saber realmente algo más allá de la ciencia, así como si existe realmente una verdad estable. Especialmente en crisis parece presentarse la dimensión moral sujeta a vaivenes interpretativos y a una perplejidad creciente sobre los valores y deberes morales, afectados al menos aparentemente de inestabilidad. El debilitamiento del sentido del tiempo y de la esperanza, causa y resultado, al mismo tiempo de la versión reductiva de la libertad parece asimismo haber reducido lo que el hombre puede esperar a las pequeñas dimensiones de lo que es objeto de comercio o de lo inevitable. Todo ello contribuye a la difusión de un pesimismo antropológico, muchas veces bajo una exaltación prometética de lo humano, pero que bajo las apariencias oculta un desencanto cuando no un temor sobre la seriedad de una vida humana a la que inevitablemente acompaña el vacío.

Los autores de los trabajos que componen el presente cuaderno han centrado sus reflexiones sobre la problemática de fondo contenida en las cuatro preguntas de Kant antes apuntadas. No han pretendido realizar un estudio sobre el regiomontano, sino sobre las cuestiones plenamente actuales suscitadas por él.

En el primero de los trabajos, debido al prof. Juan J. Borobia, se afronta la cuestión del conocimiento y del saber humanos, tomando en cuenta las instancias críticas, pero respondiendo de forma abierta y, podría decirse, optimista a la capacidad del hombre para llegar a la verdad. El profesor Aurelio Fernández, autor de los tres tomos de su *Tratado de Teología moral*, se ha ocupado de la dimensión moral del hombre, tratando de responder al «qué debo hacer» kantiano y poniendo de manifiesto el fundamento de una moralidad completa y plenamente humana. El filósofo Leonardo Polo ofrece, por su parte, una reflexión profunda sobre el qué y el cómo de la esperanza, abriendo ancho campo a la posibilidad de realización humana. El profesor de antropología teológica Juan L. Lorda, finalmente, se ha encargado de la visión sintética sobre el hombre, mostrando que a la pregunta ¿qué es el hombre? no le sigue un gran silencio, porque no hay respuesta, sino una realidad y un proyecto que restituyen el sentido del ser y del vivir como personas humanas.

César Izquierdo